

Cuentos color de humo

Cuentos color de humo

JUAN EL ORGANISTA.

El valle de la Rambla, desconocido para muchos geógrafos que no saben de la misa la media, es sin disputa, uno de los más fértiles, extensos y risueños, en que se puede recrear, esparciéndose y dilatándose, el espíritu. No está muy cerca ni muy lejos: tras esos montes que empinan su cresta azul en lontananza, no distante de los volcanes, cuyas perpetuas nieves muerde el sol al romperlas; allí está. En tiempos tampoco remotos, por ese valle transitaban diariamente diligencias y coches de colleras, carros, caballerías, reuas, arrieros y humildes indios sucios y descalzos. Hoy el ferrocarril, dando cauce distinto al tráfico de mercancías y á la corriente de viajeros, tiene aislado y como sumido el fértil valle. Las poblaciones antes visitadas por viajeros de todo género y pelaje, están alicaídas, pobretonas, pero aun con humillos y altiveza, como los ricos que vienen á menos. Restos del anterior encumbramiento, quedan apenas en las mudas calles, caserones viejísimos y deslavazados, cuyos patios, caballerizas, corrales y demás amplias dependencias, indican á las claras que sirvieron en un tiempo de paraderos ó mesones.

En los años que corren, el valle de la Rambla no sufre más traqueteo que el de la labranza. Varias haciendas se disputan su posesión: una tira de allá, otra de acullá: ésta se abriga y acurruca al pie del monte; aquella, baja al río en graciosa curva, y todas, desde la cortesana y presuntuosa, que llega á las puertas de la población y quiere entrar, hasta la hurafia y eremita que escala el monte con sus casas pardas, buscando la espesura de los cedros, ya en espigas enhiestas, ya en maizales tupidos y ondulantes, en cría robusta ó en maderas ricas, paga tributo opimo cada año. Nada más fértil, ni más alegre que ese valle, ora visto cuando comienza á clarear, ora en la siesta ó en el solemne instante del crepúsculo. La nieve de los volcanes, como el agua del mar, cambia de tintes según el punto donde está el sol; ya aparece color de rosa, ya con

blancura hiperbórea y deslumbrante, ya violada. Muchas veces las nubes, como el cortinaje cadente de un gran tálamo, impiden ver á la mujer blanca y á la montaña que humea. Es necesario que la luz, sirviendo de obediente camarera, descorra el pabellón de húmeda gasa para que veamos á los dos colosos. «La mujer blanca» se ruboriza entonces como recién casada á quien algún importuno sorprende en el lecho. Diríase que con la mórbida rodilla levanta las sábanas y las colchas. No así en las postrimerías de la tarde: la mujer blanca parece á tales horas una estatua yacente:

Cansado del combate
En que luchando vivo,
Alguna vez recuerdo con envidia
Aquel rincón obscuro y escondido.
De aquella muda y pálida
Mujer, me acuerdo y digo:
¡Oh qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

Los sembrados ostentan todos los matices del verde, formando en las graduaciones del color, por el contraste con el rubio de las mieses, por los trazos y recortes del maíz como un tablero de colosales dimensiones y sencillez pintoresca. Los árboles no atajan la mirada: huyen del valle y se repliegan á los montes. Son los viejos y penitentes ermitaños que se alejan del mundo. Lo que á trechos se mira, son las casas de una sola puerta en donde viven los peones; los graneros con sus oblongas claraboyas, el agua quieta de las presas, los antiguos portones de cada hacienda y las torres de iglesias y capillas. Cada pueblo por insignificante y pobre que sea, tiene su templo. No encontraréis, sin duda, en esas fábricas piadosas los primores del arte: los campanarios son chicorrotines, regordetes; cada templo parece estar diciendo á los indígenas: «Yo también estoy descalzo y desnudo como vosotros.» Pero en cambio nada es tan alegre como el clamoreo de esas esquilas en las mañanas de los domingos, ó en la víspera de alguna fiesta. Allí las campanas sueñan de otro modo que en la ciudad: tocan á gloria.

La parte animada del paisaje, puede pintarse en muy pocos rasgos: ¡véis aquel rebaño pastando; aquéllos bueyes que tiran del arado; á ese peón que sentado en el suelo toma sus tortillas con chile, ínterin la mujer apura el jarro del *pulque*; al niño, casi en cueros, que travesea á la puerta de su casucha; á la mujer, de ubres flojas, inclinada sobre el metate, y al amo, cubierto por las anchas alas de un sombrero de palma, recorriendo á caballo las sementeras? Pues son las únicas figuras del paisaje. En las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde, aparecen también con som-

breros de jipi y largos trajes de amazonas, en caballos de mejor traza, enjaezados con más coquetería, las «niñas» de la hacienda. También cuando obscurece podéis ver al capellán que lleva siempre el devoto libro en una mano y el paraguas abierto en la otra para librarse, ya del sol, ya de la lluvia ó del relente.

Y con estas figuras, los carros cargados de mieses, el polvo de oro que circunda las eras como una mística aureola, los mastines vigilantes, el bramido de los toros, el balar de las ovejas, el relincho de los caballos y el monótono canto con que acompañan los peones su faena, podéis formar en la imaginación el cuadro que no atino á describir. Ante todo, tended sobre el valle un cielo muy azul y transparente, un cielo en que no se vea á Dios sino á la Virgen: un cielo cuyas nubes, cuando las tenga, parezcan hechas con plumitas de paloma que el viento haya ido hurtando poco á poco; un cielo que se parezca á los ojos de mi primera novia y á los pétalos tersos de los «no me olvidés.»

II

A una de las haciendas de aquel valle, llegó al obscurecer de cierto día Juan el organista. Tendría treinta años y era de regular figura, ojos expresivos, traje limpio, aunque pobre, y finos modales. Poco sé de su historia: me refieren que nació en buena cuna y que su padre desempeñó algunos empleos de consideración en los tiempos del presidente Herrera. Juan no alcanzó más que las últimas boqueadas de la fortuna paterna, consumida en negocios infelices. Sin embargo, con sacrificios ó sin ellos, le dieron sus padres excelente educación. Juan sabía tocar el piano y el órgano; pintaba medianamente; conocía la gramática, las matemáticas, la geografía, la historia, algo de ciencias naturales y dos idiomas: el francés y el latín. Con estos saberes y esas habilidades pudo ganar su vida como profesor y ayudar á la subsistencia de sus padres. Estos murieron en el mismo mes, precisamente cuando el sitio de México. Juan, que era buen hijo, les lloró, y viéndose tan solo y sin parientes, entregado á solicitudes mercenarias, hizo el firme propósito de casarse, en un momento, en hallando una mujer buena, hacendosa, pobre como él y que le agradara. No tardó en hallar esta presea. Tal vez la muchacha en quien se había fijado no reunía todas las condiciones y atributos expresados arriba, mas los pobres, en materia de amor, son fáciles de contentar, especialmente si tienen ciertas aficiones poéticas y han leído novelas. Al amor que sienten se une la gratitud que les inspira la mujer suficiente desprendida de las vanidades y pompas mundanas, para decirles: «te quiero.» Creén haber puesto una pica en Flandes, se admiran de su buena suerte, magnifican á Dios que les depara tanta dicha y cierran los

ojos con que habían de examinar los defectos de la novia, para no ver más que las virtudes y excelencias. Los pobres reciben todo como limosna: hasta el cariño.

Juan puso los ojos en una muchacha bastante guapa y avisada, pobre de condición, pero bien admitida, por los antecedentes de su familia, en las mejores casas. Era hija de un coronel que casó con una mujer rica y tiró la fortuna de ésta en pocos años. La viuda se quedó hasta sin viudedad, porque el coronel sirvió al Imperio. Mas como sus hermanas, hermanos y parientes, vivían en buena posición, no le faltó nunca lo suficiente para pagar el alquiler de la casa (veinticinco pesos) la comida (cincuenta) ni los demás pequeños gastos de absoluta é imprescindible necesidad. Para vestir bien á las niñas, como á personas de la clase que eran, tuvo sus apurillos al principio; pero ellas luego que entraron en edad, supieron darse mañas para convertir el vestido viejo de una prima en traje de última moda y hacer los metamorfoseos más prodigiosos con todo género de telas y de cintas. Además eran lindas y discretas; se ganaban la voluntad de sus parientes, regalándoles golosinas y chucherías hechas por ellas; de manera que jamás carecieron de las prendas que realza la hermosura de las damas, y no solo vestían con decoro y buen gusto, sino con cierto lujo y elegancia. Cada día del santo de alguna ó al acercarse las solemnidades clásicas, como Semana Santa y Muertos, recibían ya vestidos, ya sombreros, ya una caja de guantes ó un estuche de perfumes. Llegó vez en que ya no les fué necesario recurrir á los volteos, arreglos ó remiendos en que tanto excedían, y aun regalaron á otras muchachas, más pobres que ellas, los desperdicios de su guardarropa. Las otras ricas las mimaban muchísimo y solían llevarlas á los paseos y á los teatros.

Rosa fué la que se casó con Juan. Las otras tres por más ambiciosas ó menos afortunadas, continuaron solteras. No faltó quien sabiendo el matrimonio, hiciera tristes vaticinios. —«Juan—decían—gana la subsistencia trabajando, hoy reúne ciento cincuenta pesos cada mes; pero ¿qué son éstos para las aspiraciones de Rosa, acostumbrada á la holgura y lujo con que viven sus parientes y amigas?»—Y con efecto, era hasta raro y sorprendente, que Rosa hubiera correspondido al pobre mozo. El caso es, que fuese por el deseo de casarse, ó porque verdaderamente tomó cariño á Juan, Rosa aceptó la condición mediocre, tirando á mala, que el pretendiente le ofrecía, y se casó.

El primer año fueron bastante felices; verdad es que tuvieron sus discusiones y disgustos; que Rosa suspiraba al oír el ruido de los de los carruajes que se encaminaban al paseo: que no iba al teatro porque su marido no quería que fuese á palco ajeno, pero con mutuas decepciones y deseos sofocados, haciendo esfuerzos

inauditos para sacar lustre á los ciento cincuenta pesos del marido, pasaron los primeros nueve meses.

Coincidió con el nacimiento de la niña que Dios les envió, el malestar y desbarajuste del Erario en los últimos días de Lerdo. Faltaron las quinceñas, fué preciso apelar á los amigos, á los agiotistas, al empeño, y Rosa, en tan críticas circunstancias se confesó que había hecho un soberano disparate en casarse con pobre, cuando pudo, como otra amiga suya, atrapar un marido millonario. Las tormentas conyugales fueron entonces de lo más terrible. Las gracias y bellezas de la niña, no halagaban á Rosa, que deseaba ser madre, pero de hijas bien vestidas. No pudiendo lucir á la desgraciada criatura, la culpaba del duro encierro en que vivía para cuidarla y atenderla. Poco á poco, fué siendo menos asidua y solícita con su hija; abandonó tal cuidado al marido, y despechada, sin paciencia para esperar tiempos mejores, ni resignación para avenirse con la pobreza, solo hallaba fugaz esparcimiento en la lectura de novelas y en la conversación con sus amigas y sus primas.

Los parientes benévolos de antaño pudieron haberla auxiliado en sus penurias, pero Juan, decía: «Mientras encuentre yo lo necesario para comer, no recibiré limosna de ninguno.» Así es que cuando Rosa recibía algún dinero, era sin que Juan se enterase de la dádiva. Más ¿cómo emplear aquellos cuantos pesos en vestidos y gorras, si Juan estaba al tanto de los exíguos fondos que tenía? Algunas compras pasaron como obsequios y regalos, pero aun bajo esta forma repugnaban á Juan. «No quiero, solía decir á su mujer, que te vistas de ajeno. Yo quisiera tenerte tan lujosa como una reina; pero ya que no puedo, confórmate con andar decente y limpiar cual cuadra á la mujer de un triste empleado.» Rosa decía para sus adentros. «Tan pobre y tan orgulloso: ¡como todos!.....» Esta misma altivez y el despego á propósito extremado conque trataba Juan á los parientes ricos de su esposa, le concitaron malas voluntades entre ellos. No pasaba día sin que por tierna compasión dijeran á Rosa: ¡Qué mal hiciste en casarte! ¡Mejor estabas en tu casa! Sobre todo, con ese talle, con esos pies, con esa cara, pudistes lograr mejor marido. No por que el tuyo sea malo; ¡nada de eso! pero hija, es tan infeliz!

Y poco á poco estas palabras compasivas, el desnivel entre lo soñado y lo real, la continua contemplación de la opulencia ajena y las lecturas romanescas á que con tanto ahínco se entregaba, produjeron en Rosa un disgusto profundo de la vida y hasta cierto rencor ó antipatía al misérrimo Juan, responsable y autor de su desdicha. Rosa procuraba pasar fuera de la casa las más horas posibles, vivir la vida fastuosa y prestada á que la acostumbraron desde niña, hablar de bailes y de escándalos y hasta—¿por qué nó?—escuchar sin malicia los galanteos de algún cortejo aristocrático.

Al cabo de seis meses transcurridos de esta suerte, sucedió lo que había de suceder: que Rosa dió un mal paso con su primo.

Juan no cayó del séptimo cielo como Luzbel. Conservaba aún los rescoldos de la amorosa hoguera que antes le inflamó, pero no estimaba ni podía estimar á Rosa. La había creído frívola, disipada, presuntuosa y vana; pero nunca perversa y criminal. Y Rosa—hágamele justicia plena—no delinquiró por hacer daño ni por gozar el adulterio, sino por vanidad y aturdimiento. Juan, tranquilo en su cólera, abandonó el hogar profanado y salió con su hija de la ciudad. ¿A qué vengarse? El tiempo y sólo el tiempo, ese justiciero inexorable, venga los delitos de lesa corazón.

Huía de México, como se huye de las ciudades apestadas. No quería sufrir las risas de unos y las conmiseraciones de otros. Sobre todo, quería educar á su hija, que contaba á la sazón dos años, lejos de la formidable tentación. La vanidad es una lepra contagiosa—decía para sí—¡tal vez hereditaria! Quiero que mi hija crezca en la atmósfera pura de los campos: las aves la enseñarán á ser buena madre. En los primeros días de ausencia, la niña despertaba diciendo con débil voz: ¡Mamá! ¡Mamá!

¡Cómo sufría al oírla el pobre Juan! Iba á abrazarla en su cama y mojando con lágrimas los rubios rizos y la tez sonrosada de la niña, le decía sollozando: ¡Pobrecita! ¡Somos huérfanos!

Al año de ésto, murió la madre de Rosita; Juan vivió con muchísimo trabajo, sirviendo de profesor en varios pueblos y ayudándose con la pintura y con la música. Diez meses antes del principio de esta historia, fué á radicarse en San Antonio, población principal del valle descrito en el capítulo anterior. Allá educaba á algunos chicos, pintaba imágenes piadosas que solía vender para las capillas de las haciendas y tocaba el órgano los domingos y fiestas de guardar.

Esto último le valió el sobrenombre de «Don Juan el organista.» Todos le querían por su mansedumbre, buen trato y fama de hombre docto. Mas lo que particularmente le hacía simpático, era el cariño inmenso que tenía á su hija.

Aquél hombre era padre y madre en una pieza. ¡Con qué minuciosa solicitud cuidaba y atendía á la pequeñuela! Era de ver cuando la alistaba y la vestía, con el primor que sólo tienen las mujeres; cuando le rezaba las oraciones de la noche y se estaba á la cabecera de la cama hasta que la chiquilla se dormía!

Rosita ganaba mucho en hermosura. Cuando cumplió cinco años—época en que principia esta historia—era el vivo retrato de la madre. Las vecinas se disputaban á la niña y la obsequiaban á menudo con vestidos nuevos y juguetes. Por modo que Rosita andaba siempre como una muñeca de porcelana. ¡Y á la verdad

que era muy cuca, muy discreta, muy linda y muy graciosa, para comérsela á besos!

Véamos ahora lo que Don Juan el organista fué á buscar en la vecina hacienda de la Cruz.

III.

—Adelante, amigo D Juan, pase Ud. Juan se quitó el sombrero respetuosamente y entró al despacho de la hacienda. Era una pieza bastante amplia con ventanas al campo y á un corral. Consistía su mueblaje en una mesa grande y tosca, colocada en el fondo, precisamente abajo de la estampa de Nuestra Señora de Guadalupe. La carpeta de la mesa era de color verde tirando á tápalo de viuda; pendiente de una de sus puntas campaneábase ruco trazo negro, puesto allí para limpiar las plumas; y encima, colocados con mucho orden, alzábanse los libros de cuentas presididos por el clásico tintero de cobre que aun usan los notarios de parroquia. Unas cuantas sillas con asiento de tule completaban el mueblaje, y ya tendidos ó apoyados en ellas, ya arrinconados ó subidos á los pretiles de las ventanas, había también vaquerillos, estribos, chaparreras, sillas de montar, espadas mohosas, acicates y carabinas. De todo aquello se escapaba un olor peculiarísimo á crines de caballo y cuero viejo.

D. Pedro Anzúrez, dueño de la hacienda, escribía en un gran libro y con pluma de ave, porque jamás había podido avenirse con las modernas. Desde el sitio en que de pie aguardaba Juan, podía verse la letra ancha y redonda de D. Pedro, pero Juan no atendía á los trazos y rasgos de la pluma: con el fieltro en la mano, esperaba á que le invitasen á sentarse.

—Descanse Ud. y no ande con cumplidos, dijo D. Pedro, interrumpiendo la escritura.

Y continuó tan serio y gravadoso como antes, añadiendo renglones á renglones y deteniéndose de cuando en cuando para hacer en voz baja algunas sumas. Cerró luego el libraje, forrado de cuero, puso la pluma en la copilla llena de municiones, y volviéndose á Juan, le dijo así:

—Amigo mío, aproxime la silla y hablemos..... Eso es! ¿no quiere Ud. un cigarrillo?

—Gracias, señor don Pedro, yo no fumo.

—El señor cura habrá informado á Ud. someramente de lo que yo pretendo.

—Con efecto, el padre me dijo anoche que tenía Ud. el propósito de emplearme en su casa como preceptor de los niños.

—Eso es. Ud. habrá observado que yo le tengo particular estimación, no sólo por el saber que todos sin excepción le conceder, sino por las virtudes cristianas, tan raras en los jóvenes de